

mal, conociendo el talento y las bellas cualidades de Pablo, yapreciando á su familia. Mandó, pues, en secreto algunas personas que hablaran á los presos haciéndoles ver su locura; mas como tampoco nada recabase, enojado á su vez confirmó la sentencia. Los generosos atletas conducidos al lugar del suplicio iban rodeados de una muchedumbre inmensa de gentiles y cristianos: Jaime, medio muerto por efecto de la tortura, articulando apenas los nombres de Jesús y de María; Pablo, erguido, alegre como quien se dirige á un festin delicioso y anunciando á Jesucristo con tal dignidad, que los cristianos y hasta los infieles quedaban penetrados de admiracion.

Aun al llegar al patibulo se les pregunta si renuncian á su fe; pero siguiendo negativos, el oficial ejecutor manda á Pablo que él mismo lea la sentencia de su muerte, lo que hace el jóven tomando el papel y leyéndolo en alta voz. Poseído al mismo tiempo de una celeste alegría, reclina la cabeza sobre un gran tajo de madera, pronunciando repetidamente los dulces nombres de Jesús y María, y con la mayor impavidez hace señal al verdugo de que cumpla su cometido. El verdugo le decapita al igual que á Jaime, quien á pesar de su estado mortal tenia aun bastante fuerza para repetir los mismos nombres que su hermano.

Nueve dias permanecieron insepultos sus cuerpos, hasta que sus parientes y amigos, obtenida licencia para enterrarles, fueron por ellos, quedando asombrados de ver que no presentaban señal alguna de corrupcion, antes se conservaban frescos y flexibles cual si los hubieran decapitado aquel mismo dia. Aumentó su asombro cuando repararon que la sangre vertida sobre el tajo era tambien líquida y colorada como al salir de las venas. Allí fué entonces el declamar contra la injusticia de los jueces, y el proclamar la inocencia de ambos hermanos, y muchas personas movidas por el prodigio que tan patente veian se convirtieron á la fe, al paso que los cristianos bendecian al Señor.

La sangre de estos dos Mártires fué un semillero de nuevos cristianos, contra los cuales en el año 1800 se encendió una persecucion mas terrible que la primera, de la que fué víctima el único misionero que entonces habia en Corea. Quedaron sin embargo gran número de neófitos ardientes y piadosos, de los que algunos recientemente han pasado á la China para solicitar nuevos apóstoles, asegurando que la cosecha seria abundante; de cuyas resultas varios

misioneros se han trasladado allá. ¡Quiera el cielo bendecir su abnegacion y el fervor de estos nuevos cristianos!¹

No entra en el plan de este Catecismo seguir la historia de la Religion durante el siglo XIX; lo que sí harémos, será echar una rápida ojeada al periodo que media entre las dos fechas de 1799 y 1840. Esta reseña, por estilo de la que presentamos en la leccion XLVIII, al paso que demuestra la superabundancia de vida de la Iglesia romana en los dos supremos momentos en que sus enemigos pregonan su derrota, responde victoriosamente á sus gritos de muerte, y hace palpitar de fe, amor y esperanza todos los corazones católicos.

Veo á esta Iglesia, tras la muerte del Pontífice que en decir de la impiedad debia ser el último, renaciendo en cierto modo en la persona del glorioso Pio VII, elegido por milagro en Venecia; y luego pasada esta deshecha tormenta, que tambien en decir de sus enemigos debia borrar hasta su nombre, volver á Francia, pobre á la verdad en bienes de fortuna, pero rica en virtudes y brillante bajo los estigmas del martirio; con una mano lidiando firme y apoyada por la justicia contra el gigante que despues de hollar bajo sus piés tantas coronas de reyes, creyó poder ceñir su cabeza con la tiara de los pontífices; y con otra recogiendo una á una las piedras diseminadas del santuario, y no obstante la oposicion del poder temporal, no obstante los sarcasmos de la impiedad, reconstruir con ánimo infatigable los muros de la santa Jerusalem. Véola, tras diez años de lucha, libertada por su divino Esposo, armando en su defensa los hombres y los elementos, volviendo á tomar en triunfo el camino de la ciudad eterna, mientras su perseguidor destronado y cautivo iba á espirar en un peñon desierto en mitad del Océano.

Mírola despues cicatrizando sus heridas, llenando otra vez las filas de su milicia diezmada por la segur de la impiedad, oponiendo dulzura, caridad y oraciones á los ultrajes incesantes de sus enemigos; y luego, bendiciendo Dios sus lágrimas, contemplo las innumerables maravillas operadas á su voz como por encanto en todo

¹ El número 93 de los *Anales de la Propagacion de la Fe* contiene el relato de otra persecucion que acaba de desplegarse en Corea, y los ejemplos de fe y entereza, dignos de los primeros cristianos, que han presentado los neófitos.

el ámbito del suelo francés, 30,000 iglesias restauradas ó construidas; 10,000 escuelas y hospitales; 40,000 sacerdotes; 35,000 religiosos de uno y otro sexo, y la Orden mas austera de todas, la de la Trapa, numerosa como nunca; mas de dos millones de buenos libros dados á luz; una actividad nunca vista para todas las obras de misericordia espirituales y corporales... hé aquí el asombroso espectáculo que se ofrece á la vista de todos, y que sirviendo de consuelo á los fieles llena de desesperacion á los impíos.

No menos activa y fecunda aparece en otras partes: en Prusia y en Rusia está oponiendo á la herejía y al cisma colocado en el trono la intrepidez de sus Pontífices, arrancando un clamoreo de admiracion á sus perseguidores, en tanto que les hace soltar las armas de la mano: en la Gran Bretaña quebranta los hierros remachados hace tres siglos en los puños y en los piés de la fiel Irlanda, mirando en Inglaterra el Protestantismo opresor, mientras allí arrebatada á una herejía tenaz y restituye al aprisco dos millones de ovejas, exigiendo obispados hasta en la metrópoli del error, y edificando mas de 600 iglesias en los ensangrentados dominios de Enrique VIII y de Isabel.

Si de Europa llevo mi vista á otros puntos del globo, veo asimismo á esta Iglesia desplegar una pujanza y actividad sin ejemplo en la historia. Entre ella y el error, Briareo de cien bocas y cien brazos, hase trabado una lucha mas que nunca encarnizada y general, y en tiempos no lejanos el mundo entero, cual en los del Cristianismo naciente, será la recompensa del vencedor. ¿Qué parte de la tierra no ha visto ya á los misioneros casados del Anglicanismo, á los asalariados buhoneros de las sociedades bíblicas¹ anticipándose en todos lugares á conquistar para el error las nuevas poblaciones que los prodigios de la navegacion hacen brotar, por decirlo así, cada día del seno de los mares? Es otra vez Simon Mago precediendo á Pedro en Roma.

Pero la Iglesia católica tampoco se duerme: miradla difundir á

¹ Cada misionero anglicano goza un estipendio de 24,000 reales, sin otros 4,000 para el regalo de su señora esposa, y 2,000 para cada uno de sus hijos menores; de suerte que si el dinero y las Biblias bastasen para convertir gentes, todo el mundo seria ahora protestante; pero véase ¡qué chasco! uno de estos pretendidos apóstoles confesaba no ha mucho que la mision anglicana de Macao, en el espacio de veinte años y despues de gastar cerca de 2,000,000 de reales, solo habia logrado convertir siete chinos, incluidos en el número los criados de la casa !!!

largas distancias el espíritu del fuego que bajó sobre ella en el Cenáculo, reduciéndose á indicar á sus misioneros los países lejanos que conviene sacar del error; y esos Angeles de paz, llevados en alas de los vientos, vuelan á los cuatro ángulos del mundo, apóstoles hoy de la buena nueva y mañana mártires suyos. ¡Cosa admirable! si los diez y ocho siglos que nos preceden no ofrecieran constante repeticion del mismo fenómeno: cabalmente cuando la impiedad proclama en Europa el fin de esta Iglesia inmortal es cuando ella manifiesta mayor superabundancia de vida, y dilata su imperio hasta los últimos límites del universo. Cítese un solo punto del globo, una isla la mas perdida en la inmensidad del océano, que recientemente no haya sido visitada por algunos de los apóstoles de esta Iglesia! ¿En qué playas por apartadas y peligrosas que sean han temido publicar la grandeza de su doctrina y derramar por ella su sangre? Gracias al celo de estos héroes, desde los helados picos de la América septentrional hasta las ardientes llanuras que riega el Ganges, desde las islas oceánicas hasta la Corea, y desde el Tibet hasta el cabo de Buena Esperanza, el árbol de vida plantado en la cima del Calvario extiende sus ramas tutelares y brinda á todas las tribus de la raza humana con sus frutos de inmortalidad.

¡Cosa todavía mas admirable! al siguiente día de una revolucion veloz como el relámpago, terrible como el rayo, que en solas tres jornadas rompe una triple generacion de reyes, sepultando bajo ruinas sangrientas el antiguo solio de san Luis, considerado antes cual peana necesaria de la Iglesia; al día siguiente, repito, el día mismo de esa grande catástrofe, el celo del apostolado se reanima en la tribu santa con nuevo ardor; pues si desde 1815 á 1830 el seminario de Misiones extranjeras solo envió cuarenta y seis apóstoles á las naciones infieles, desde 1830 á 1839 envió setenta y seis, y asimismo la Orden de Lazaristas habiendo en el primer período despachado siete solamente, en el segundo expidió mas de cuarenta. Á fin de que ningún pueblo quede postergado, dos nuevas Órdenes se establecen para evangelizar á las naciones recién descubiertas, y la Oceania oriental y la Oceania occidental son el dilatado campo donde se ejerce el santo celo de las congregaciones de Picpus y de María.

Otra circunstancia media, cuya oportunidad, haciendo aun mas prodigioso este fervor apostólico, pone en descubierto la Providencia que sin cesar vela por la Iglesia: cuando en el año 1830 el Gobierno

francés suprimia los socorros y limosnas que los reyes cristianísimos habian siempre concedido á las misiones, de cuyas resultas tratábase ya de cerrar el Seminario, una asociacion enteramente francesa, la Sociedad de la Propagacion de la Fe, hasta entonces parecida al grano de mostaza, que es de todas las simientes la mas pequeña, toma de repente una crecida inexplicable, y empezando por los católicos de Francia, siguiendo los del antiguo mundo, llevados del espíritu apostólico juntan sus preces y sus limosnas para socorrer á las misiones, y asegurar á la Iglesia el éxito del combate que en todos los puntos del globo se empeña entre el error y la verdad. La suma de sus ofrendas anuales sube rápidamente de algunos miles de francos á mas de cuatro millones: gracias á este maravilloso concurso de los hombres y de la Providencia las TREINTA Y OCHO Órdenes ó congregaciones francesas y extranjeras que se consagran á las misiones de Ultramar pueden salir adelante en sus tareas; y no solo queda asegurado el porvenir de las cristiandades antiguas, sino que pueden fundarse otras nuevas, duplicarse los operarios evangélicos, edificarse iglesias y seminarios, rescatar fieles cautivos, y hacer, en fin, brillar el sol de la gracia doquiera que resplandece y esparce vida el sol de la naturaleza, de suerte que hoy día la Iglesia posee fuera de Europa, en regiones donde apenas su nombre era conocido hace algunos años, ciento y veinte obispados con cinco millones de neófitos. Si á esta cifra añadimos las naciones católicas de mas antigua fecha en las cuatro partes del mundo, tendrémos en conjunto para el Catolicismo 800 obispados, sin contar los coadjutores, los sufragáneos y otros prelados, con mas de 150.000,000 de fieles.

No está muerta, pues, como dice la impiedad, esa Iglesia romana que aun impone su fe á tantos millares de inteligencias, y que cada dia engrandece su imperio con infatigables conquistas; pudiendo observarse que si el águila y la loba, imágenes sangui-narias de la Roma antigua, tuvieron que cejar ante una resistencia tenaz á orillas del Eufrates y del Danubio, la Roma nueva ha llevado sus pacíficos símbolos, la paloma y el cordero, hasta las márgenes del Ganges y el Mississipi, y aun mas allá, en ignotas regiones y entre pueblos sin nombre.

No está muerta, en verdad, esa Iglesia romana, que lo mismo ahora que en los dias de su infancia tiene en el corazon una caridad tan grande como el mundo, y en las venas sangre bastante para

circular por toda la haz de la tierra, sangre generosa que, léjos de desvirtuarla, se convierte en fecunda semilla de nuevos cristianos.

No está muerta, en verdad, esa Iglesia cuya palabra saca de la barbarie y llama al banquete de la civilizacion á las tribus mas degradadas de la especie humana, al propio tiempo que su mano poderosa edifica escuelas, conventos y hospitales en aquellas regiones idólatras donde los hijos son cosas semovientes, las mujeres esclavas y los pobres una casta impura.

No está muerta, en verdad, esa Iglesia cuyos resplandores constituyen toda la diferencia entre la civilizacion y la barbarie; echad sino una ojeada al globo: doquiera brilla la antorcha del Cristianismo, luz; doquiera no brilla, tinieblas; doquiera ha dejado de brillar, barbarie: así en materia de inteligencia la Oceania se halla bajo cero, el África reducida á la nada, y el Asia muerta; solo hay vida intelectual en Europa y en América, que es donde existe la humanidad cristiana. Esta geografía de la inteligencia no solo responde victoriosamente á los clamores de muerte de la impiedad, sino que por sí resuelve y resume todas las grandes cuestiones sobre religion, Iglesia, filosofía é historia, siendo cosa geográficamente demostrada que la inteligencia humana es la inteligencia cristiana, y la razon humana la razon cristiana; y si á la historia le preguntais de dónde salieron y de dónde proceden aun esos torrentes de maravillosa luz, os señalará sin vacilar los adorables collados de la ciudad eterna.

No está muerta, no, ó hombres alucinados, esa Iglesia, madre vuestra y mia, á quien debeis toda la vida intelectual y social que teneis, por mucha que sea. No ignoro que la disminucion de la fe, la apostasia de las naciones, de las familias y de los particulares, la rebelion siempre mas general contra la Iglesia, es un hecho lamentable que diariamente toma creces en el seno de Europa; pero ¿dirémos por esto, como algunos, que la palabra de la Iglesia católica es fria é inerte? ¿No veis que eso es acusaros á vosotros mismos? ¡La palabra de la Iglesia fria é inerte!—Y ¿cómo os consta? ¿la habeis oido? ¿la habeis experimentado? ¿la habeis estudiado? ¿obliga ella acaso á los ciegos á que vean y á los sordos á que oigan? Cuando hace tres siglos se la está insultando, calumniando, adulterando, ridiculizando, ¿es culpa suya si ya no la entendeis ni estimais? ¿Por qué deja de producir en vosotros los mismos efectos que

en tantas elevadas inteligencias y en tantos nobles corazones? ¿Estais seguros de que no sois vosotros los muertos sino ella? ¿Estais seguros de que no son vuestros ojos que están cegados, sino que la luz del sol se ha extinguido? Lo que yo sé es que, cuando el hombre llega á materializarse, el espíritu de Dios se retira, y la vida huye de él. Volved á leer ciertas páginas de cierta historia, la historia de los pueblos y de los hombres que hoy dia pregonan la muerte del Catolicismo; quizás halleis en ellas la explicacion de este misterio, y si esto no basta, pedidle al universo que aclare vuestras dudas, pedídselo á tantas naciones, á tantas cifras, á tantos hechos como acabo de reseñar.

Ya, pues, que en cualquier sociedad, la accion, la actividad y el influjo son signos irrecusables de vida, la Iglesia romana vive, y no, en verdad, con una vida local, como las humanas constituciones, sino universal, y de consiguiente divina. Considerad las grandes masas de creyentes recién convertidos en toda la superficie del globo; 400,000 negros, 200,000 salvajes americanos, 320,000 chinos, 450,000 anamitas, 800,000 indos, 500,000 maronitas, 200,000 colonos ingleses 1.200,000 ciudadanos de los Estados-Unidos, y ante tales datos, negad, si podeis, la universalidad y el origen divino de una Religion que avasalla todos los climas, todas las variedades de raza, todos los grados de desarrollo intelectual, todas las fases é instituciones sociales, siendo por ende ajena á esas condiciones de tiempo y lugar, accesorios siempre necesarios de toda creacion terrena¹.

¡Salve ahora, ó Iglesia inmortal! ¡Salve, horizonte magnífico que ante tí miro extenderse! ¡Salve, Madre adorada, que alumbraste mi cuna y protegerás mi sepulcro! El brazo potente del divino Esposo tan largo es ahora como siempre; cumplirás, sí, tu mision benéfica, cual empezaste y seguiste cumpliéndola al través de reñidos combates; la corona de espinas, diadema incommunicable de la Esposa legítima del Dios del Calvario, realzará siempre tu frente virginal, y la antorcha divina que en tus manos fué colocada arderá siempre, lo creo de veras; y nunca, espero, dejará de resplandecer sobre mi patria. No, Dios mio; Vos no quitaréis la fe á la hija primogénita de vuestra Iglesia, á la que tan notoriamente criásteis y

¹ Véase *Anales de la Propagacion de la Fe*, n. 71, pág. 350 y sig.

dísteis al mundo para ser el consuelo, el brazo y la voz de su Madre¹; á la que hoy mismo, á pesar de sus infidelidades, atrae hácia el Catolicismo á todas las naciones de la tierra, cual el sol arrebatada en su movimiento á todos los astros del cielo; á la que por sus limosnas, por sus oraciones, por su sangre, es aun la primera en haceros conocer, amar y bendecir de pueblos los mas lejanos que yacen en las sombras de la muerte². Y Vos, María, aliada poderosa de la Francia, Madre de misericordia, tampoco desmentiréis el solemne oráculo que para gloria vuestra y consuelo nuestro, pronunció uno de los órganos mas autorizados de vuestro Hijo, diciendo que *el reino de Francia es el reino de María, y nunca perecerá: Regnum Galliae, regnum Mariae, numquam peribit*³; y para la Francia, no perecer, es volver á ser católica.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haberme dejado leer esta hermosa historia de vuestra caridad para con el hombre: Dios amando á los hombres y amándoles siempre, únicamente ocupado en hacerles todo bien, tal es la sublime é interesante verdad que se halla escrita en cada página de la Religion. ¿Quién en vista de eso dejará de amaros? Porque si Vos tanto nos quisísteis, ¡oh Dios bueno! fué para granjearos nuestro amor, cual si no pudiérais ser feliz sin nosotros.

Reitero, pues, aquí por la ciento y quincuagésima vez el propósito de amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios.

¹ ¡Con qué, la Francia, ó sean los franceses católicos, son el *consuelo*, el *brazo*, la *voz* de la Iglesia!.... Unido esto á lo que el infrascrito oyó predicar en aquella nacion, á saber: que «si el alma de la Iglesia está en Roma, el corazón de la misma está en Francia,» podría casi darnos á entender que la persuasion de los cristianísimos es que la fe romana puede que llegue un dia á ser francesa!.. ¡si volviesen á tener al Papa en Aviñon, qué cosas no veríamos y oiríamos!!! (Nota del Censor de la LIBRERÍA RELIGIOSA).

² Fácilmente se comprenderá que no es, por desgracia, la Francia como nacion la que merece estos elogios, sino los católicos franceses.

³ Benedicto XIV.